

## LA ORDENACIÓN EPISCOPAL DE MANEL NIN

Una antigua leyenda cuenta como Vladimiro, príncipe de Kiev, se puso en búsqueda de la verdadera religión para su pueblo. Mandó representantes a conocer las diferentes religiones: cristianismo – católicos y ortodoxos-, judaísmo, islamismo... A su regreso, cada uno narraba las particularidades de cada fe y el modo de vivirla. Aquellos que habían estado en Constantinopla, impresionados de la celebración bizantina en la que habían participado en la basílica de Santa Sofía, transmitieron su vivencia: «Hemos sido conducidos allá donde ellos celebran la liturgia para su Dios. ¡No supimos si estábamos en el cielo o en la tierra! ¡Sólo hemos experimentado que allá está Dios, la verdadera religión, la verdadera liturgia!».

Así lo pudimos experimentar el pasado 15 de abril en la basílica de San Pablo Extramuros de Roma durante la ordenación episcopal –o *chirotonia*, como la llaman en griego– del monje benedictino Manel Nin, de la abadía de Montserrat, que en algunas ocasiones ha colaborado con nuestra revista. Hasta entonces ha sido rector del colegio griego de Roma y ahora ejercerá su ministerio como exarca apostólico para los católicos griegos de tradición bizantina en Grecia, siendo obispo titular de Carcabia.

Quisiera destacar dos elementos de aquella solemne celebración que me llamaron la atención.

En primer lugar es significativa la profesión de fe que el obispo electo realizó. Tras la lectura del mandato apostólico y la presentación del elegido, el obispo consagrante le preguntó en qué creía. Acto seguido, el ordenando recitó el credo niceno-constantinopo-

litano en griego. Seguidamente, en dos ocasiones, se le pidió que explicara esta fe. Primero para exponer las propiedades de las tres personas divinas, para señalar la unidad y distinción trinitaria. Segundo para afirmar la fe cristológica de la Iglesia, concretamente la encarnación del Hijo y su doble naturaleza humana y divina; profesión de fe que concluyó rechazando a Arrio, a Macedonio, a Nestorio y a todos los herejes. Se trata de un modo claro y explícito de garantizar la ortodoxia de la fe, que reafirma la teología afirmada en los primeros concilios y que produjo las primeras divisiones en la Iglesia.

En segundo lugar me sorprendió el modo cómo se realizó la imposición de manos. Arrodillado el ordenando delante del altar, con el Evangelionario abierto sobre su cuello, el obispo consagrante le impuso las manos sobre la cabeza, mientras el resto de obispos se asociaban formando una cadena desde los consagrantes principales, colocando cada uno una mano sobre la espalda del obispo que lo precedía. Había así una única imposición de manos, realizada de manera colectiva, en la que todos los obispos simultáneamente pedían la efusión del Espíritu. Se trata de un modo muy diferente de llevar a cabo este gesto simbólico respecto al rito romano, donde cada obispo que participa en la ordenación coloca individualmente sus manos sobre la cabeza del ordenando pudiendo parecer que cada uno debe transmitir el Espíritu.

Estas particularidades celebrativas de la liturgia bizantina enmarcan bien, a modo de preámbulo, el presente número de nuestra revista donde se nos describen algunas otras particularidades de nuestras celebraciones del rito romano. Concretamente son objeto de nuestra atención el canto litúrgico en las comunidades hispanas de los Estados Unidos, la liturgia en los monasterios y la liturgia del ordinariato anglicano; además de un artículo dedicado al *ars celebrandi* que nos recuerda cómo la belleza de la celebración es también un vehículo que nos conduce a la celebración del misterio de la fe.

José Antonio GOÑI

*Jefe de redacción de la revista «Phase»*